

Mío es el Poder. Mía es la Gloria



METIDOS ya en las páginas de la santa Biblia, no hemos de salirnos de ellas sin haber espigado entre sus celestiales y divinas máximas algunas que, además de las ya citadas en el último artículo, pongan en clara luz la verdad incontestable e incontrovertible de nuestra tesis, desde el punto de vista cristiano.

Y decimos desde el punto de vista cristiano, con nuestra cuenta y razón. Sabemos de sobra, que para muchos de los autores modernos de libros de sociología y política, la Biblia no pasa de ser uno de tantos libros plagado de los errores de pasadas edades y lleno de equivocaciones en punto a cuestiones científicas. Y a esos tales sería inútil argüírles con pruebas bíblicas, sin demostrarles antes el valor probativo de la misma Biblia. A esos racionalistas les argüiremos más adelante con pruebas de razón, que las hay y muy convincentes.

No faltan quienes creen, o aparentan creer, que los católicos, al hacer profesión de tales—y sea dicho esto por modo de paréntesis—y al aceptar las verdades divinas reveladas, nos desposeemos y renunciarnos a nuestra razón y a las leyes que regulan el funcionamiento psicológico humano. Ignoran o pretenden ignorar esos que nos acusan, que nosotros podemos acudir con ellos al campo del discurso libres y sin trabas, siempre que de investigar la verdad natural se trate. No saben, o pretenden no saber, que dentro del campo cognoscitivo conatural al hombre nos movemos con tanta o más libertad que ellos, pues poseemos algo que ellos no poseen, la fe, que—aun estando fuera del campo conatural del humano conocimiento, alumbrada con sus rayos esas verdades—al menos algunas—del orden natural y las clarifica y hace más visibles.

No hay cuestión alguna de cuantas puede estudiar la mente humana, que al católico le esté vedado escudriñar. Tal vez, a ese escudriñamiento se añada la verdad de la divina revelación; pero “por mucho trigo nunca fué mal año”, y por mucha luz nunca se produjeron las tinieblas.

En esta cuestión del origen del poder los católicos, y en general los cristianos, disponemos en su estudio de dos luces que alumbran nuestro camino. La de la divina revelación y la de nuestra propia razón. A los lectores de ESTUDIO hemos comenzado poniéndoles a la vista lo que la Biblia nos enseña, porque saben muy bien, que cuanto en el libro santo se contiene no puede jamás inducirnos a error. Más adelante les hablaremos guiados de las luces de sola nuestra razón.

Y este paréntesis en cuenta prosigamos.

La afirmación de Cristo, que transcribíamos en nuestro anterior artículo, no deja lugar a duda en materia de tanta importancia: “No tendrías poder sobre Mí, si ese poder no te hubiera sido dado de Arriba”. Y dando la razón el Apóstol San Pablo, asegura: “Porque todo poder viene de Dios”. En estas dos afirmaciones, y si les aplicamos el método de raciocinio lógico, nos encontraremos clara y terminantemente enunciada nuestra tesis.

“Todo poder, dice San Pablo, viene de Dios

Luego tu poder, asegura Jesucristo, ha sido dado de arriba”.

Esa consecuencia de Jesús en orden al poder de Poncio Pilato, consecuencia que entraña a su vez una afirmación universal, que más tarde sentó San Pablo, estaba deducida de numerosas afirmaciones y pasajes bíblicos. La Historia del pueblo judío no es más que una continua afirmación de esa fuente divina de poder. Los jueces del pueblo reciben de Jahve su poder de gobernar y juzgar al pueblo; más tarde y cuando piden rey, que los gobierne

y los lleve a la guerra, como hacen los de otros pueblos, también es Elohim quien interviene y a quien consulta Samuel, no accediendo a la petición del pueblo hasta tanto que ha consultado al Señor.

En los profetas nos encontramos a cada paso con esta afirmación profunda y categórica de Isaías: “Yo soy el Señor, Redentor tuyo, que te formó en el seno de la madre. Yo soy el Señor hacedor de todas las cosas, que por mí solo extiendo los cielos, y fundo la tierra, sin ayuda de nadie... Yo el que digo al abismo: Sécate; yo dejaré áridos tus ríos: el que digo a Ciro: TU SERAS MI PASTOR: TU HAS DE CUMPLIR TODOS MIS DESIGNIOS”. Esto dice el Señor a mi ungido Ciro, a QUIEN HE TOMADO DE LA MANO PARA SUJETAR A SU PERSONA A LAS NACIONES Y HACER VOLVER LAS ESPALDAS A LOS REYES”.

Inútil nos parece hacer el análisis de ese texto, pues es de suyo lo suficientemente claro para darnos a entender que Dios, Jahve, es el que pone a los reyes y los asienta en su trono y los mueve según sus divinos designios. Y así mismo nos creemos excusados de aducir nuevos testimonios, pues son tan claras y tan terminantes las enseñanzas del Testamento Antiguo sobre este particular, que solo la más crasa ignorancia a la más refinada malicia podría atreverse a negar nuestra tesis.

Volviendo al testimonio de San Pablo, Apóstol que con más claridad que ningún otro escritor sagrado expresó la verdad fundamentalísima de que Todo Poder viene de Dios, no estará demás presentar a la consideración de los lectores el texto íntegro, para que por sí mismos vean toda su fuerza. Dice el Apóstol:

“Toda persona esté sujeta a las autoridades superiores: porque no hay potestad que no venga de Dios: y Dios es el que ha establecido las que hay. Por lo cual, quien desobedece a las potestades, desobedece a la ordenación o voluntad de Dios (que es quien les ha puesto el poder en la mano, y que es el auto de la subordinación que deben tener los súbditos a los príncipes y magistrados). De consiguiente los que tal hacen, ellos mismos se acarrean la condenación.

“El príncipe es un ministro de Dios puesto para tu bien. Pero si obras mal, tiembla: porque no en vano ciñe la espada, siendo como es ministro de Dios, para ejercer su justicia, castigando al que obra mal”.

Este texto está en armonía y consonancia perfecta con aquel otro de la Subiduría en el que leemos:

“Escuchad, pues, oh reyes, y estad atentos; aprended vosotros, oh jueces todos de la tierra: dad oídos a mis palabras vosotros que tenéis el gobierno de los pueblos, y os gloriáis del vasallaje de muchas naciones. PORQUE LA POTESTAD OS LA HA DADO EL SEÑOR: DEL ALTÍSIMO TENEIS ESA FUERZA: el cual examinará vuestras obras y escudriñará hasta los pensamientos: PORQUE SIENDO VOSOTROS UNOS MINISTROS DE SU REINO UNIVERSAL NO JUZGASTEIS CON RECTITUD...”

Ni es de menor fuerza probativa este otro testimonio del Príncipe de los Apóstoles y común Doctor de todos los cristianos, S. Pedro:

“Estad, pues, sujetos a toda humana criatura, que se halle constituida sobre vosotros; y esto por respeto a Dios: ya sea el rey, como que está sobre todos; YA A LOS GOBERNANTES, COMO PUESTOS POR ÉL”.

Las citas pudieran ser multiplicadas; pero creemos que con las aducidas queda suficientemente esclarecido y demostrado nuestro aserto.

FILADELFO.